

RESEÑAS DE LIBROS / BOOK REVIEWS

Avilés, Juan; Azcona, José Manuel, Azcona y Re, Matteo, *Después del 68: la deriva terrorista de Occidente*, Madrid, Sílex, 2019, 631 pp.

Por Manuel Burón Díaz
(Universidad Rey Juan Carlos)

Dos acontecimientos parecen marcar el final del siglo XX y del Occidente nacido tras la Segunda Guerra Mundial. Uno luminoso y dionisiaco, otro oscuro y brutal. Pues mientras los episodios de rebelión juvenil de mayo del 68 continúan, por lo general, manteniendo su aura romántica, en cuanto que manifestación libertaria de los cambios sociales sucedidos en los sesenta, el terrorismo —fantasma llamado a recorrer Europa y el resto del mundo por las siguientes décadas— sigue despertando nuestro horror. Mucho se ha escrito acerca de ambos fenómenos que, a pesar de su cercanía, aún se nos siguen mostrando como esquivos y polémicos, como aquellos enigmas históricos de cuya entera comprensión depende la de toda una época. Las conmemoraciones de mayo del 68 no han venido a aclarar, pero sí a enriquecer, el debate sobre la verdadera naturaleza y definición de la revuelta: una “crisis de civilización” (André Malroux), una “gran rebelión moral y de los sentidos” (Octavio Paz), la consumación “del relativismo moral y social” (Nicolas Sarkozy), “un psicodrama colectivo” (Raymond Aron), “una rebelión sin violencia, entonces no una rebelión” (Tony Judt). El debate ha continuado confirmando, con efemérides políticas y profusión editorial, esa tan estética atracción que quizás fuera siempre la principal característica del “sesenta y ocho”. Por otro lado, el fenómeno terrorista despertaría a Europa de su plácido bienestar de posguerra, sorprendiendo con una crueldad que se creía ya enterrada en los odios y conflictos de la primera mitad del siglo XX. Una violencia que sólo con el tiempo parecerá ser desvelada en toda su magnitud, como si el ruido político y las alucinaciones ideológicas de la época la opacaran. Entender cómo un terror y una violencia indiscriminada sin precedentes pueden justificarse en un ideal político — de nuevo, la relación entre los medios y los fines— tras el in-

édito periodo de bonanza de aquellas décadas, es entender las contradicciones del hombre contemporáneo.

Si el esfuerzo por comprender ambos fenómenos ha sido profundamente fértil para la historiografía, no así lo ha sido el intento por entender la relación entre ambos. Lo que plantea el trabajo colectivo coordinado por los profesores Avilés, Azcona y Re, es precisamente aclarar cual fue el hilo histórico capaz de unir dos acontecimientos en apariencia tan antagónicos como la rebelión juvenil de 1968 y la tercera ola terrorista. Desandar esa continuidad histórica, sus causas y sus manifestaciones es el principal objetivo de la obra. ¿Cómo una rebelión juvenil en esencia incruenta y a menudo apolítica pudo derivar, aunque fuera indirectamente, en un fanatismo político que acompañaría cotidianamente, en sus periódicos e indiscriminados estallidos de violencia, a buena parte de la sociedad occidental en las décadas finales del siglo? ¿Cómo el dorado sueño de la rebelión juvenil de 1968 pudo alimentar la pesadilla de la Europa de fin de siglo? Estas son las preguntas que guían esta obra colectiva en sus muchas y fértiles facetas. Todas ellas, sin embargo, unidas por el rigor científico, es decir, evitando algunos de los más comunes errores historiográficos a la hora de abordar ambos temas. A saber: la caricatura ideológica del 68; la consideración del terrorismo en cuanto que engendro histórico (y, por tanto, como fenómeno ininteligible); o, por último, las explicaciones “psicologicistas”, capaces, por ejemplo, de explicar el “sesenta y ocho” en un común malestar juvenil, o su relación con el terrorismo por una mera frustración de expectativas.

Sobra aclarar que en ningún momento en la obra se afirma que el terrorismo europeo de fin de siglo fuera una consecuencia directa del “sesenta y ocho”, pero tampoco se obvian las innegables relaciones existentes entre ambos fenómenos. Entre ellas, la coincidencia cronológica. Pues si atendemos a los inicios de la oleada terrorista se nos aparece una contigüidad tan extraordinaria que solo puede sugerirnos causalidad: el

asesinato de José Antonio Pardines en 1968, *The Troubles* en Irlanda del Norte el mismo año o el atentado de Piazza Fontana en Milán el año siguiente, suponen el bautismo de sangre de ETA, IRA o el inicio de la “estrategia de tensión” en Italia. Esta contigüidad cronológica entre diferentes conflictos y regiones ha resultado en una excesiva compartimentación en el estudio del fenómeno terrorista. Una laguna que viene a resolver esta obra, pues en su afán de mostrar una visión global, interdisciplinaria y multinacional adquiere casi una cualidad enciclopédica.

En segundo lugar, la coincidencia ideológica. Los años sesenta son la cuna de una Nueva Izquierda, que dará nombre y carácter, según la clásica articulación de Rapoport, a la oleada terrorista de los “años de plomo”. El profesor Avilés muestra la manera en que la opción terrorista surgiría en Europa de los sectores más radicalizados del movimiento. Aquello que unos llamaron Nueva Izquierda —termino que aparece por primera vez en los años sesenta— y otros simplemente como “crisis de la izquierda” (una muy significativa diferencia de denominación que se aprecia, por ejemplo, entre Tony Judt y Eric Hobsbawm) prestará más atención a la diferencia y a la identidad, que a la igualdad y la clase. Alimentando así una mezcla antes improbable. No ya la de nacionalismo y terrorismo, sino la de nacionalismo e izquierda, mecha y pólvora del terrorismo más letal de aquellos años. El fenómeno del terrorismo nacionalista es estudiado comparativamente por el profesor Brooke no solo en los casos más conocidos de España e Irlanda, sino también en Reino Unido, Gales, Escocia o Córcega, comparación que se antoja fundamental para vislumbrar qué ingredientes (fuerza, base social, etc.) hacían falta para que se produjera el fatal coctel de violencia y nacionalismo.

En segundo lugar y como es conocido, el “sesenta y ocho” cambiaba a los obreros por jóvenes universitarios en cuanto que principal grupo revolucionario. Esto quizás supusiera un cambio incongruente con los postulados de la izquierda clásica (una revolución de una clase minoritaria y privilegiada) pero que no carecía de importantes consecuencias, tal como minuciosamente analiza el profesor Azcona. La universidad se convertiría en foco revolucionario y cuna de no pocas guerrillas urbanas y rurales de Europa y América Latina. Los estudiantes podían ser activamente revolucionarios, pero de ninguna manera podían constituirse en un movimiento de masas internacional, por lo que la vía del terrorismo, que

podía alcanzar un impacto notable con un mínimo de personal, se mostraba como única “vía revolucionaria” de actuación posible. Acelerar las contradicciones era el objetivo, y la violencia el método. El entramado de grupos en diferentes países y regiones, en un abanico indistinguible de corrientes marxistas, leninistas, trotskistas, maoístas, anarquistas, nacionalistas o pro descolonización, es impresionante, tal como se va desvelando en cada uno de los capítulos de la obra.

En tercer lugar, las fuentes ideológicas y filosóficas de donde bebían estos movimientos no podían ser las mismas que décadas atrás. El único punto en común parecía ser la fascinación por Marx, pero, aún con todo, esta Nueva Izquierda se inventaría un nuevo Marx, joven como ellos, idealista y poco hegeliano. Una manera de poder encajar al manido profeta en sus nuevas demandas. Si las fuentes de inspiración cambiaban así también lo harían los productos culturales de dicho movimiento: el movimiento *hippie*, los *beatniks*, el rock’n roll se convertirían en las señas de identidad de toda una generación y, a la postre, en todo un género internacional, acaso el primero verdaderamente global en la historia. El hedonismo y el relativismo no sólo eran directrices antagónicas con la izquierda clásica, lo eran con la propia modernidad de raigambre europea. Dedicar un apartado a temas culturales en una revolución que sobre todo fue cultural es, por tanto, obligado y aquí destaca en facetas tan diferentes como la extraña atracción por la violencia de los intelectuales marxistas (Majlinda Abdiu), la canción protesta (Ana Urrutia) o el cine (Josefina Martínez Álvarez).

Pero es en desentrañar el complejo y multidimensional fenómeno del terrorismo, y en sus conexiones con la antedicha ola cultural, donde el libro viene a realizar su más original aportación. ETA ocupa un espacio notable, en donde ya existía una literatura científica considerable, Gorka Fernández Soldevilla realiza un clarificador ejercicio de síntesis. Asimismo, Matteo Re aborda el siempre laberíntico episodio italiano en donde, tanto el “sesenta y ocho” como el terrorismo, tuvieron un impacto notable y prolongado. Incluso los casos menos conocidos al lector español de la *Baader Meinhof* alemana, la violencia política corsa, la relación con la guerrilla latinoamericana o las *Forças Populares 25 de abril* portuguesas, ayudaran a soslayar mitos y evitar instrumentalizaciones. Y, en fin, entender un periodo coherente y reciente de nuestra época, no exento de contradicciones. Entre las cuales no es la menor

la que guía este libro coral y completo: la de una revolución que nunca fue, capaz de derivar tanto en libertades como en demonios.

Del Arco Blanco, Miguel Ángel (ed.), *Los “años del hambre”. Historia y memoria de la posguerra franquista*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2020, 374 pp.

Por Néstor Banderas Navarro
(Universidad de Valencia)

El estudio de las primeras décadas de la dictadura franquista ha disfrutado de una atención constante por parte de la historiografía. No obstante, esta se ha centrado habitualmente en la represión franquista, el funcionamiento del personal político, la autarquía o la política exterior. Esta obra, coordinada por Miguel Ángel del Arco Blanco, surge de una necesidad en la investigación: abordar el estudio del hambre en la posguerra, así como de los mecanismos y procesos históricos que contribuyeron a este clima de miseria.

El lector encontrará en esta obra colectiva seis ejes temáticos que envuelven el estudio del hambre y que son una constante en los diferentes estudios presentados. El primero de ellos es la conceptualización del término “hambruna” en el contexto internacional, en la que es resaltado el factor humano y político de la responsabilidad de la dictadura como núcleo central. A este eje le sigue el de la contribución de la obra a romper y deconstruir los mitos forjados por la dictadura en cuanto a la irresponsabilidad en la explicación del hambre y de la miseria. Estos tópicos franquistas, que achacaron la responsabilidad a las condiciones naturales, a la herencia de la República o al bloqueo exterior, sirvieron para fortalecer —mediante diferentes mecanismos— la cultura de la victoria y los procesos de re nacionalización y recatolización, lo que constituye el tercer eje temático. Los estudios que forman la obra no olvidan la capacidad de agencia individual y colectiva, en ocasiones bajo tipologías poco espectaculares —recordando aquí la noción de las “armas de los débiles” de Scott—, que tienen como objetivo central la mera supervivencia. Todo este sufrimiento vivido y las tipologías de reactividad social constituyen la memoria del hambre, que se recoge por medio de testimonios orales. Ello enlaza con el último eje temático de la obra: la atención historiográfica a temas tradicionalmente olvidados en la literatura aca-

démica, abordados desde perspectivas interdisciplinarias.

La estructura del libro presenta siete partes que componen un total de catorce artículos, así como una introducción. En ellas no falta el aparato gráfico y estadístico que, en algunos estudios, permite contribuir a la comprensión de las cifras presentadas. Tampoco las citas aclaratorias y las abundantes referencias bibliográficas, que sitúan al lector en el estado de la cuestión de la investigación sobre los “años del hambre”.

La introducción de la obra invita a comprender la apuesta de estos estudios por cubrir un vacío historiográfico, del mismo modo que contribuir al estudio de la memoria social del hambre. En la primera parte, el editor de la obra conceptualiza el término de “hambruna” y ofrece una mirada muy acertada hacia otros procesos europeos semejantes: los casos de Ucrania, Holanda y Grecia. Casos que no se ponen habitualmente en relación al español y que evidencian la falta de una materialización memorialista de la hambruna española, o de la configuración de lugares de memoria para tal efecto.

En la segunda parte, la atención se centra en la Guerra Civil y cómo se vivió y se utilizó políticamente la carestía en dos ciudades: una bajo el mando sublevado (Sevilla) y otra en manos de la República (Madrid). Rubén Leitão incide en el poder omnímodo y represivo de Queipo de Llano en Sevilla, así como en su utilización del hambre y del expolio como armas de guerra contra los republicanos. Por otra parte, Ainhoa Campos presta atención a las condiciones de vida de Madrid, poniendo especial énfasis en la instrumentalización del hambre por parte de los sublevados. Analiza muy bien los mecanismos que servirían a la dictadura para construir el relato de culpabilidad hacia la República tras la victoria.

La tercera parte presta atención al mundo rural, con contribuciones clave a la historia social y de género. Se analiza el caso extremeño por parte de Sergio Riesco y Francisco Rodríguez, en el que evidencian la venganza llevada a cabo por el franquismo ante las pretensiones de transformación rural de la reforma agraria republicana. Por medio de fuentes extranjeras, incide en los escasos efectos para paliar el hambre de la dictadura franquista, así como en la persecución de los delitos asociados con el hambre. En un plano más general, Teresa María Ortega presta atención a los discursos franquistas asociados a la femini-